

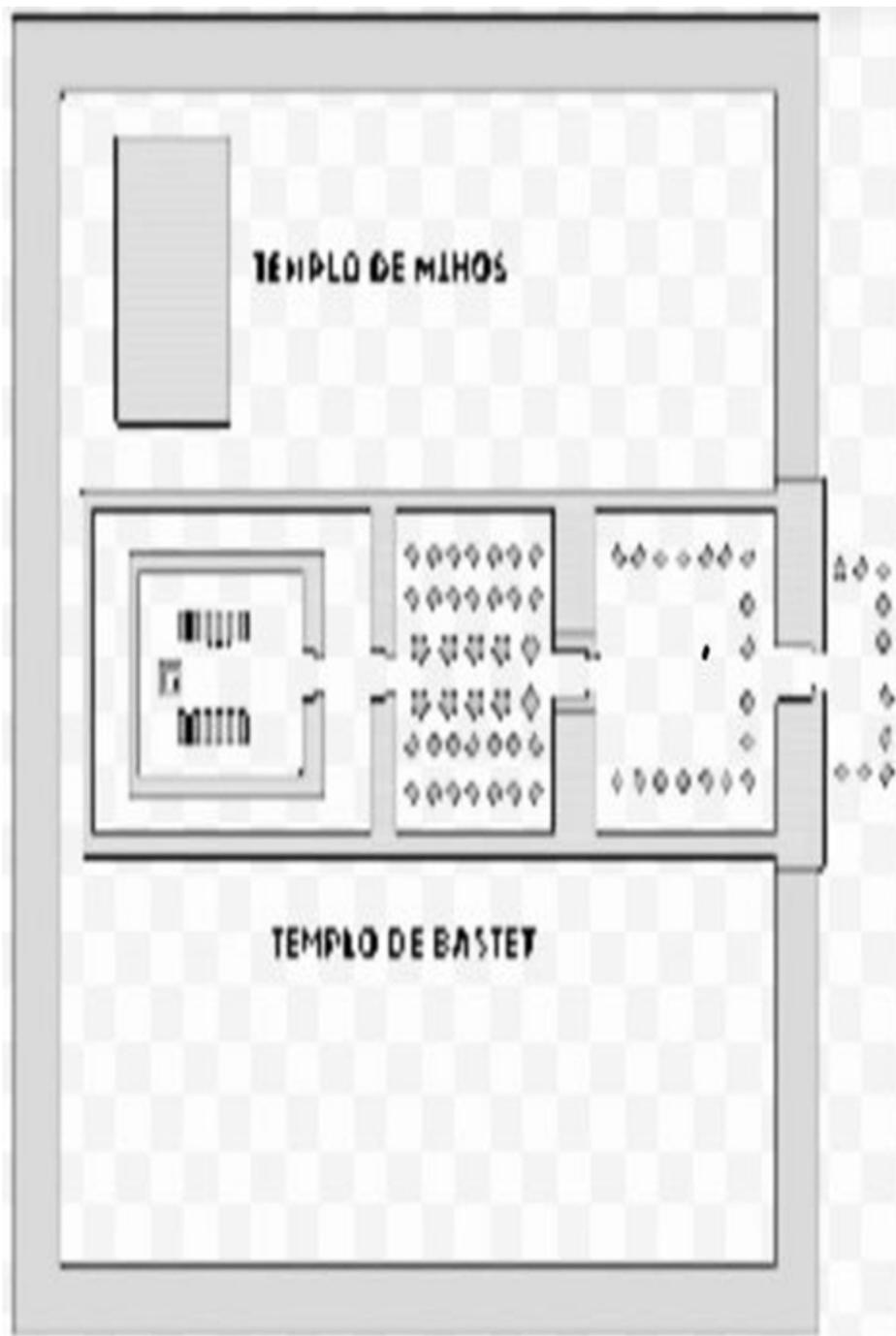
Juan José Sánchez Milla

¡BASTET HA  
DESAPARECIDO!

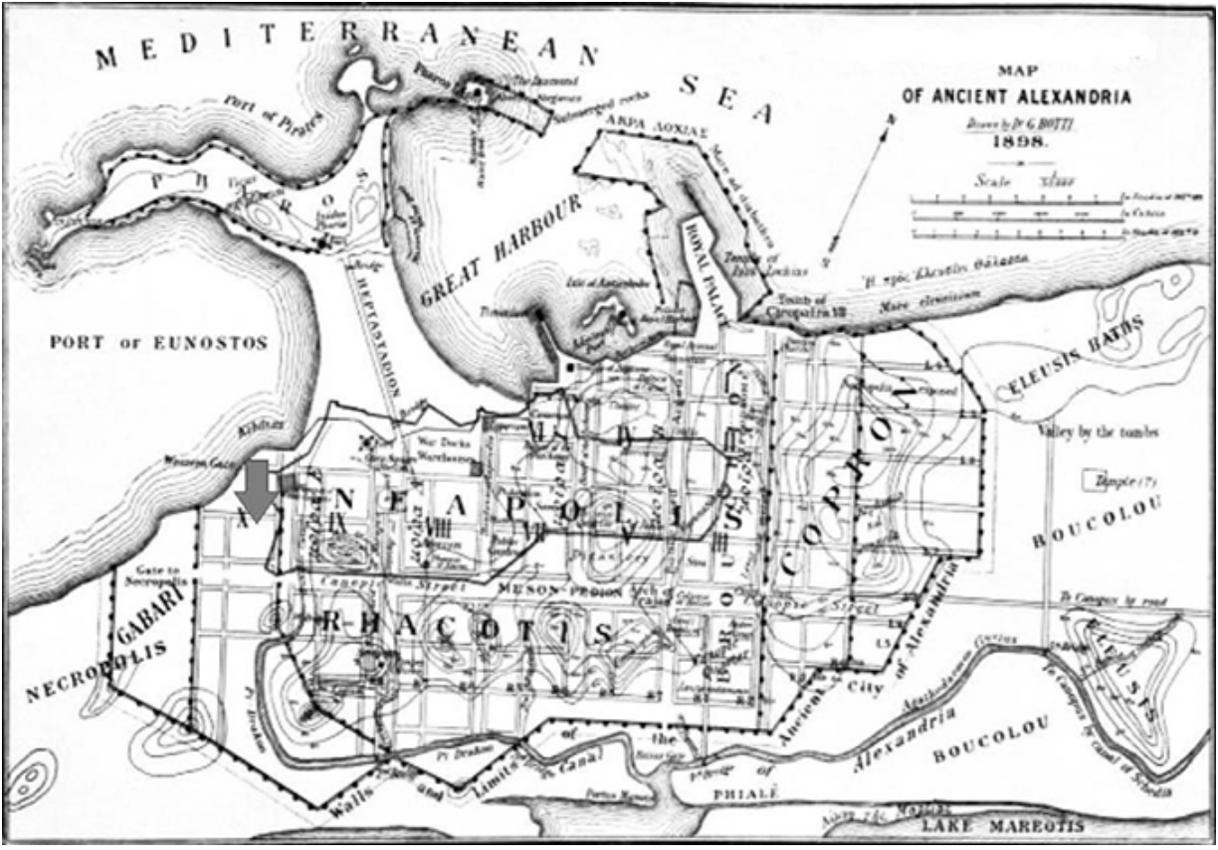
A Carolina

Gracias por tu cariño y apoyo

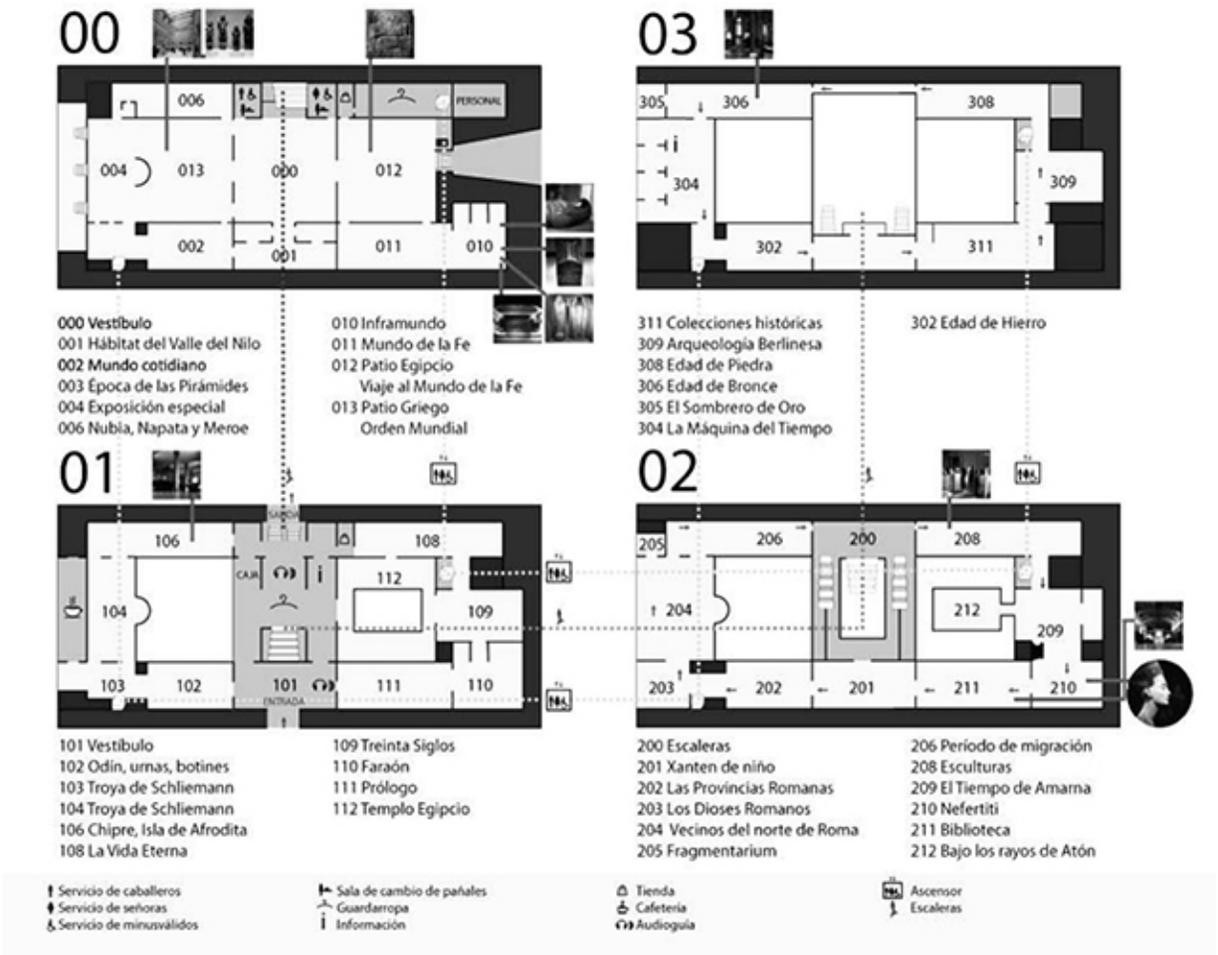
Lo eres todo para mí



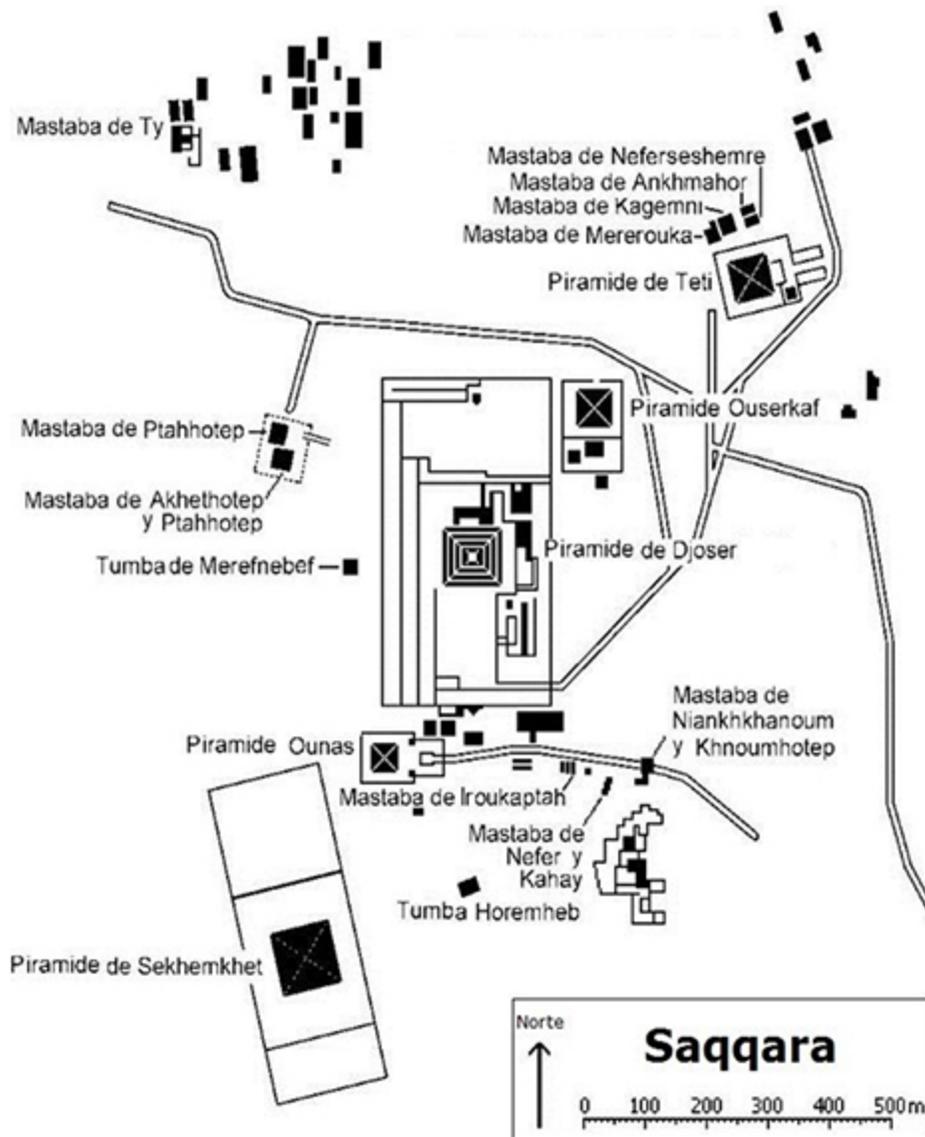
Templo de Bastet. Bubastis



Plano de Alejandria. 1.798



## Neues Museum. Berlín



Complejo Funerario de Djoser

# Índice

INTRODUCCIÓN: En algún lugar del delta del Nilo. Año 2.190 a. C.

CAPÍTULO UNO: Bilbao. En la actualidad

CAPÍTULO DOS: Bubastis, Egipto. Año 860 a.C.

CAPÍTULO TRES: Harlow (Inglaterra). En la actualidad

CAPÍTULO CUATRO: Alejandría. Año 1.798 d.C.

CAPÍTULO CINCO: Berlín. En la actualidad

CAPÍTULO SEIS: El Cairo. Año 1.942

CAPÍTULO SIETE: Berlín. En la actualidad

CAPÍTULO OCHO: Berlín

CAPÍTULO NUEVE: Berlín

CAPÍTULO DIEZ: Venecia

CAPÍTULO ONCE: El Cairo

CAPÍTULO DOCE: Venecia

CAPÍTULO TRECE: El Cairo

CAPÍTULO CATORCE: El Cairo

CAPÍTULO QUINCE: Qasr-Al-Aguz

CAPÍTULO DIECISEIS: El Cairo

CAPÍTULO DIECISIETE: El Cairo

CAPÍTULO DIECIOCHO: Saqqara

CAPÍTULO DIECINUEVE: Saqqara

CAPÍTULO VEINTE: Saqqara

CAPÍTULO VEINTIUNO: El Cairo

EPÍLOGO: Qasr-Al-Aguz

## **INTRODUCCIÓN**

**En algún lugar del delta del Nilo. Año 2.190 a. C.**

El hombre miraba sentado a la puerta de su casa el crepuscular atardecer sobre el delta del gran río. El intenso amarillo que presidía los días mudaba en tonos tornasolados al caer la jornada. En unos minutos el dios Ra montado en su barca solar recorrería el inframundo y dejaría que la diosa Nut nos protegiera desde el cielo hasta que de nuevo, Ra volviese a aparecer sobre el horizonte.

Oía a su espalda las voces de los pescadores que recogían las barcas y ataban las mismas con sogas a las estacas clavadas en la ribera. También disfrutaba de las risas de las mujeres y los jóvenes que acarreaban los sacos de grano y los guardaban en el almacén. Junto a ellos, otros vecinos acarreaban pacas de paja que servían como forraje para el invierno y para reforzar las paredes de adobe. Un grupo de niños pequeños jugaba con gran alboroto junto al templo de la diosa. Al fondo veía acercarse a jóvenes que venían de lavar la ropa en un ribazo cercano.

Gracias al buen dios del río, la cosecha había sido ubérrima. La crecida propició que el cereal creciera alto y fuerte. El tiempo fue propicio y permitió una cosecha rica y abundante. Junto a él, su gato se arrimó y restregó su cabeza en su muslo. Poniéndole la mano encima para acariciarlo, sonrió distraído. Los gatos eran un regalo de los dioses para el pueblo. Cuando comenzaron a llegar al poblado, la gente se preocupó porque pudieran causar algún daño, pero el tiempo demostró que su venida había sido muy beneficiosa, limpiando la aldea de roedores y

como fieros guardianes cuando ocasionalmente, los bandidos se acercaban al asentamiento.

Una noche cerrada, se levantó un fuerte viento de poniente. Una ascua mal apagada del fuego de una hoguera se meció en el aire hasta caer sobre el tejado de paja del establo, donde prendió con rapidez, extendiéndose a las demás casas a su alrededor. Los gatos del pueblo, todos a la vez, comenzaron a maullar como nunca lo habían hecho, y en las casas, despertaron a los lugareños que, extrañados por su comportamiento, se alzaron y al salir de sus moradas, vieron como el fuego comenzaba a extenderse. Rápidamente hicieron una cadena humana desde el río hasta la casa incendiada y, mediante cubos de agua, tras más de una hora intensa de combatir contra el fuego, pudieron dominarlo. Extenuados por el esfuerzo, fueron conscientes de que, de no haberles avisado los gatos, podía haberse producido un verdadero desastre.

Por ello, habían decidido en asamblea popular que fuera Bastet, la diosa gato, la diosa benefactora de la aldea, y a ella le rendían culto y profesaban cariño y respeto. Le habían construido un pequeño templo en el centro del poblado y allí, todos los amaneceres se le ofrecían tributos para que cuidara de las gentes del lugar, y nos diera buena pesa y abundantes cosechas para poder vivir.

Los hombres, agradecidos a la diosa y a sus representantes felinos por la buena suerte que traían al poblado, decidieron hacerle una estatua y así, reuniendo las monedas que tenían, se desplazaron a la capital del delta para encargar a un artesano una figura que representase, con majestuosidad, a la venerada. Llevaron consigo dibujos de como creían que tenía que ser la figura y así un buen día, montaron en una faluca <sup>1</sup> y navegaron por el río hacia la capital. Cuando volvieron, dos semanas más tarde, el jefe

de la aldea mostraba signos de evidente satisfacción. Pensaba que el artesano había entendido las ideas de sus vecinos y había creado una talla espectacular.

La figura de la diosa, sentada en su trono, mostraba en sus rasgos una dignidad regia. Con su mirada al frente y el lomo estirado, se ofrecía majestuosa a la vista de sus devotos. El poblado había querido personalizarla poniéndole un arete de oro en la oreja derecha. En sus manos reposaban los símbolos mágicos, el ankh <sup>2</sup> y el sistro <sup>3</sup> .

En una ceremonia solemne, se trasladaron en procesión hasta el humilde templo que habían construido tras el incendio. En el trayecto las jóvenes bailaban delante de la estatua que era portada por los dos hombres más ancianos del poblado sobre una tabla. Los demás habitantes del lugar los acompañaban detrás, tocando música, bailando y dando gracias a la diosa. Al llegar, los mayores pusieron la estatua sobre un pedestal que ocupaba el centro del templo, de cara a la puerta, y llenaron el suelo de ofrendas. Al salir, todo el poblado se arrodilló ante la puerta abierta del templo mientras miraban la estatuilla y continuaban con sus cánticos.

El jefe del poblado alzó la mano y las canciones cesaron. Se puso en pie y declaró bajo juramento que protegería a la diosa que su representación, siempre los acompañaría desde su morada. Todos los hombres del poblado fueron, uno a uno, poniéndose de pie y repitiendo el mismo juramento. Si no cumplieren con el juramento, serían malditos a los ojos de la diosa, y nunca podrían disfrutar de una vida buena y digna. Cuando muriesen, no podrían pasar el juicio de Osiris <sup>4</sup> y su alma se perdería para siempre.

Unos años más tarde, una fuerte crecida del gran río arrasó con el poblado. Fue tan descomunal que muchos de

los pobladores no pudieron evadirse de la subida del agua y perecieron ahogados. Las casas de arcilla y paja se desmoronaron como simples terrones de barro. Las cosechas se perdieron y las falucas quedaron en muy mal estado. El jefe de la aldea se desplazó a la capital para pedir al gobernante que enviase ayuda. Cuando la gente que mandó el gobernador del delta llegó al poblado el aspecto era desolador. Por donde quiera que se mirase, la muerte y la destrucción habían tomado posesión del lugar.

Con esfuerzo y llorando por la pérdida de sus seres queridos, los lugareños, ayudados por los refuerzos, consiguieron limpiar la zona rescatando cuerpos de los escombros. Los supervivientes temblaban, con los ojos abiertos mirando desencajados a su alrededor.

Cuando dos días más tarde, después de haberse vuelto a la capital las gentes que habían venido a ayudarles, pudieron realmente apreciar el daño que la crecida había ocasionado a la aldea, tras retirar las maderas y barro que ocupaba toda la zona. Al acercarse al lugar donde se ubicaba el templo, movieron los restos y miraron dentro de lo que quedaba de habitáculo. La peana se mantenía milagrosamente en pie, pero no encontraron en el recinto la estatua, ni siquiera fragmentos de esta. ¡Alguien había aprovechado la desorganización y el desorden para robar la figura de la diosa! .

Tenían que recuperarla por su juramento. Si no lo hacían, la diosa no les permitiría disfrutar de la vida terrenal y estarían condenados, además, por toda la eternidad.

---

<sup>1</sup> Embarcación fluvial a vela, habitual en poblados junto al río en Egipto

<sup>2</sup> La cruz egipcia. Representa la palabra "vida"

<sup>3</sup> Instrumento musical en forma de arco o herradura con platillos metálicos insertados en unas varillas

4 El juicio de Osiris era una ceremonia importante para los muertos, en la que el dios Anubis llevaba al fallecido al juicio, y mágicamente le extraía el corazón que era pesado por el dios chacal en una balanza y contrapesado con la pluma de Maat (símbolo de la verdad y la justicia). Si el corazón pesaba menos que la pluma, la fuerza vital y anímica del muerto podían reunirse con su momia (cuerpo) y vivir eternamente en los campos de Ararú (el paraíso). Si el corazón pesaba más que la pluma, este era arrojado a Ammyt, el devorador de muertos que acababa con él.